

DESPEDIDA DEL ALMIRANTE JORGE PATRICIO ARANCIBIA REYES *



Estando próximo el plazo de término del ejercicio de las responsabilidades de Comandante en Jefe de la Armada, con que me distinguiera, de

acuerdo con la normativa constitucional, el entonces Presidente de la República don Eduardo Frei Ruiz-Tagle, he tenido a bien solicitar mi retiro de la institución, con fecha 18 de junio del año 2001, para que se haga efectivo, en carácter de absoluto, a contar del 6 de julio del mismo año, lo que ha sido aceptado por S.E. el Presidente de la República don Ricardo Lagos Escobar.

Por ello es que participamos de esta solemne ceremonia, en la que tendré el honor de entregar el mando en jefe de la Armada Nacional, a mi digno sucesor, el Almirante señor Miguel Vergara Villalobos.

Fácil es comprender que para quien les habla, la ocasión tiene un enorme significado espiritual, y siento el deber de transmitir a quienes hasta hoy fueran mis leales subalternos, los sentimientos que brotan de lo más profundo de mi corazón y algunas de las experiencias acumuladas en una larga jornada de cuarenta y siete años al servicio de la patria en la marina de guerra, jornada que comenzara en un ya lejano 1955, cuando ingresé como cadete en la vieja escuela del paseo 21 de mayo, y que hoy culmina en ésta, para mí, una muy emotiva despedida.

Primeramente, quisiera decirles que me siento afortunado de haber elegido como forma de vida, una profesión hermo-

sa y llena de contenidos espirituales. La permanente evocación de nuestras glorias, el rigor de nuestra vida a bordo; las largas travesías lejos de nuestros seres queridos, y el esfuerzo colectivo para desafiar y superar coyunturas a veces muy difíciles, hacen que el marino sienta la necesidad de inspirar su acción en un compromiso moral con esa notable trilogía que integra a Dios, a la Patria y a la Familia. A ellos servimos con amor y devoción. Para hacerlo mantenemos el culto a aquellos valores que constituyen el acervo espiritual de nuestra institución y que han hecho grandes a los marinos de ayer y de hoy y que, por mucho que evolucionen las costumbres, seguirá siendo la fortaleza de las generaciones del futuro.

La carrera naval, como pocas, nos permite servir a la patria en ese escenario maravilloso que es el mar, y si las circunstancias nos lo exigen, "hasta rendir la vida si fuese necesario". Ésta no es una frase decorativa, útil solamente para solemnizar la ceremonia en que juramos nuestra bandera. Ella expresa, en forma sentida y elocuente, nuestro compromiso irrenunciable de entregar nuestros mejores esfuerzos y capacidades, para lograr la grandeza de Chile, y para defender, sin transar, lo que soberanamente hemos definido como sus intereses permanentes. El servicio a la patria se cumple en situación de paz y de conflicto y en él no cabe el relativismo, el pragmatismo, el escepticismo ni el desánimo.

Cuando guerras que no hemos deseado ni buscado han puesto a prueba nuestro temple y la firmeza de nuestro compromiso, hemos luchado con denuedo, enfilando las

* Discurso pronunciado por el Sr. Almirante don Jorge Patricio Arancibia Reyes durante la ceremonia de cambio de mando institucional, el lunes 18 de junio de 2001, en la Escuela Naval "Arturo Prat".

proas de nuestros buques con decisión hacia el adversario, empleando tácticas que nos han permitido obtener el máximo rendimiento de nuestras armas, para conseguir la victoria sobre un adversario que sabemos tan capaz y valeroso como nosotros. Así lo demostraron nuestros marinos en Corral, Pisagua, Punta Gruesa y Angamos, por señalar sólo algunas de las notables acciones que nos llevaron al control del mar, dejando expedito el camino para el logro de los objetivos estratégicos que se había fijado nuestra nación.

Y cuando la desigualdad de fuerzas hizo absolutamente imposible la victoria, dimos estricto cumplimiento a la consigna de "vencer o morir" que con tanto orgullo paseamos por los mares del mundo en el puente de nuestros buques. Así lo han hecho siempre los marinos de Chile. Así lo hizo Prat y la heroica tripulación de la vieja *Esmeralda*, cuando inmolaron sus vidas defendiendo el honor de su bandera, que desapareció flameando con orgullo en las aguas de la rada de Iquique, ante la mirada atónita de un noble adversario.

El recuerdo de estos hechos, nos lleva a enfrentar la irrefragable realidad del conflicto, no obstante los muchos esfuerzos realizados y las reiteradas y vehementes expresiones de rechazo de muchos estadistas bien inspirados, la guerra, desastrosa confrontación de voluntades de enorme costo humano y material, no ha podido ser erradicada. Día a día vemos esas crudas imágenes transmitidas en los complejos medios de comunicación a que hoy tenemos acceso, mostrándonos sus desgarradores efectos en muchos países, grandes y pequeños.

Por ello es que evitar la guerra es sin duda el mayor logro para un país que, como el nuestro, ama la paz. Pero esto no se consigue solamente mediante compromisos escritos, o floridas expresiones de buena crianza; es indispensable que exista una definida voluntad política de emplear adecuadamente el poder nacional, mediante una inteligente interacción diplomático-militar,

que produzca un efecto disuasivo en potenciales agresores, alejando la posibilidad de ocurrencia de una confrontación Armada de alto costo.

En este orden de cosas, hemos buscado incansablemente el entendimiento con las armadas de los países vecinos, de manera de superar las aristas que en determinadas circunstancias complicaron nuestra relación. Para ello se han creado imaginativas instancias de complementación tecnológica, que han dado cabal cumplimiento a la implementación de las medidas de confianza mutua que acordaran nuestros respectivos gobiernos, hace algunos años. Los resultados han sido plenamente satisfactorios, siendo este el momento preciso para mandar un especial saludo a los señores Comandantes de las marinas amigas que, abiertos al diálogo fraterno, permitieron reforzar los tradicionales lazos de amistad que han unido a nuestras instituciones. En este contexto, un fuerte abrazo al Sr. Almirante Joaquín Stella y a su gente, con quien tuvimos la capacidad de demostrar al mundo como es posible superar antiguas situaciones complejas, para transformar nuestra situación vecinal en un poderoso instrumento de acción conjunta.

Pero esto no es suficiente. Sabemos que la acelerada evolución tecnológica que vive el mundo desarrollado también afecta a nuestro país y que, dentro de él, todas las organizaciones productivas se esfuerzan por modernizarse y quedar en condiciones de tener éxito en un escenario eminentemente competitivo; las de la defensa nacional no pueden ser una excepción. Suponer que en una confrontación armada moderna, bastan los valores espirituales de que tan reiteradamente hemos dado muestras poseer, es condenar a nuestros hombres al sacrificio y a la imposibilidad de dar cumplimiento a una tarea vital para la nación. Por ello es que hemos hecho centro de gravedad de nuestra gestión, en lograr que la Armada cuente con las capacidades para que, si las circunstancias lo hacen necesario, defienda efi-

cazmente lo que está en disputa, toda vez que una disuasión sin sustento de fuerza real, es un engaño que a poco andar quedará en evidencia, llevándonos al más rotundo fracaso.

Sólo de esta manera serán eficaces y bien retribuidos los enormes esfuerzos que realizan nuestros hombres, para mantener a nuestra marina en un alto grado de eficiencia operativa. En posesión de una capacidad de defensa y disuasión efectiva, podremos avanzar en lo que a cooperación vecinal, hemisférica, y con los organismos internacionales se refiere, pues estaremos en condiciones de interoperar con armadas modernas, en todos aquellos escenarios oceánicos que sirvan el interés nacional, interés que bien sabemos tiene una creciente dependencia de las líneas de comunicaciones marítimas, a través de las cuales se realiza nuestro vital comercio de ultramar.

Comprendiendo que, por muy bien estructurada que se encontrara la expresión armada del poder nacional, poco significaría si se enfrentara una coyuntura difícil, sin la tan necesaria unidad nacional, estimamos indispensable enfrentar el tratamiento de uno de los temas que ha contribuido a mantener, hasta ahora, gravemente dividida a la sociedad chilena. Esta resolución la adoptamos a riesgo de asumir los costos de las inevitables malas interpretaciones y manipulaciones políticas subalternas. Para ello se propusieron algunos de los que fueron los fundamentos de la conocida como "Mesa de Diálogo". En ella, en forma responsable y generosa, tratamos de contribuir junto con las otras instituciones de la defensa, a solucionar los problemas que aún afectan a un grupo de compatriotas. Agotados nuestros esfuerzos, dentro de los marcos legales definidos para el objeto, entregamos los resultados al supremo gobierno, junto con reconocer públicamente la responsabilidad que cupo a algunos de nuestros hombres, en el manejo de determinadas situaciones producidas, en un escenario político tremendamente confrontacional, como el que viviera nuestro país, desde fines de la década del 60, y de cuya

génesis no somos los uniformados quienes debemos rendir cuentas ante la historia.

A despecho de la conocida actitud de algunos sectores minoritarios, excesivamente radicalizados, magnificada por un hábil manejo comunicacional, los resultados han sido recibidos con altura de miras por nuestras autoridades y me atrevería a decir que también por una mayoría ciudadana, esperanzada en lograr poner fin a una lucha estéril, que consume gran parte de nuestros afanes.

En nuestros esfuerzos por modernizar nuestra infraestructura operativa, hemos tenido la comprensión y el apoyo de las más altas autoridades nacionales, particularmente del Sr. Ex Presidente y actual Senador de la República don Eduardo Frei Ruiz-Tagle y de S.E. el Presidente de la República don Ricardo Lagos Escobar, a quienes hago llegar nuestro profundo agradecido reconocimiento. Es así como se encuentra en pleno desarrollo el programa Océano, el que debiera estar terminado el año 2010.

A quienes suponen que la copia de modelos foráneos es la panacea para la solución de nuestros problemas de defensa, les decimos que nuestras fuerzas operativas estarán dimensionadas de acuerdo con nuestra misión y desafíos, y con una concordancia lógica entre nuestros recursos y capacidades, de manera de obtener su máxima eficiencia operacional y asegurar sus necesarios apoyos. En consecuencia, son fuerzas que sirven las necesidades de la seguridad nacional de Chile.

De esta manera, tendremos en un futuro mediato, unidades que nos proporcionarán una capacidad ofensiva submarina tecnológicamente muy moderna; hemos logrado ya la remotorización y modernización de todas nuestras unidades misileras, y el gobierno está dando los últimos pasos para concretar un proyecto de la mayor importancia y de una manera absolutamente novedosa. Este no es otro que el proyecto "Tridente", el que consiste en la construcción mayoritaria, en

Chile, de las fragatas que constituirán el núcleo de nuestra fuerza oceánica de superficie, que con el potente brazo que le brinda nuestras capacidades aeronavales, estarán en condiciones de defender el interés nacional, donde sea necesario y cuya materialización constituirá un aporte sustantivo al desarrollo económico, educacional, científico y tecnológico de nuestro país. Junto a lo anterior, se ha equipado y entrenado una fuerza de infantería de marina, capaz de proyectar nuestro poder desde el mar, integrada por profesionales capacitados para realizar operaciones en todo tiempo y lugar, que hacen gala de una mística y resolución de empleo total, que nos llena de satisfacción.

Conscientes de que todo avance material sería nada si no va aparejado con el progreso en la administración del factor humano, elemento fundamental de toda organización, hemos hecho énfasis en sus aspectos educacionales, reestructurando los planes de estudios, integrando las aulas y optimizando el aprovechamiento de los docentes, todos altamente calificados. Ello ha significado nuevas exigencias, pero también una mucho mayor capacitación. Los progresos obtenidos han sido muy satisfactorios. A lo anterior agregamos las mejoras en el ámbito de la salud, vivienda y bienestar. Esta es una forma de retribuir la enorme vocación con que nuestro personal cumple las especiales exigencias que le impone la defensa nacional.

Por ello es que actuamos manteniendo a nuestra gente en el foco de nuestra atención, porque estamos convencidos de que sigue siendo el capital más valioso de nuestra institución. Su alta moral les lleva a esmerarse día a día para ser mejores, conscientes que sólo de esta manera la Armada seguirá siendo, como lo ha sido desde los albores de la República, una institución altamente profesional, capaz de cumplir la delicada misión que se le ha encomendado y celosa depositaria de una tradición de gloria, que hará que llegado el momento de la prueba, sus marinos sabrán mantener a toda costa. A los

comandantes y superiores de todos los grados, les digo que estos son los hombres que tienen la responsabilidad de mandar; lo que se logra en plenitud, solamente cuando se cuenta con el necesario liderazgo. No se es líder cuando únicamente se dan estentóreas voces de mando, que en situaciones de normalidad serán ejecutadas mecánicamente y a la perfección; ser líder significa ganarse el corazón de los subalternos, predicando con el ejemplo, asumiendo los lugares de más riesgo y sacrificio, comprendiéndolos y apoyándolos en sus momentos difíciles, teniendo siempre presente que si bien son personas formadas desde muy niños en el rigor y el sacrificio, también son seres humanos, con sus fortalezas y debilidades. Sólo de esta manera les seguirán en el rigor del combate, como siguieron a la inmortalidad a Prat en la rada de Iquique.

En este sentido, es necesario dar especial importancia a estos aspectos en la formación del marino, pues son consustanciales al ejercicio del mando. Pretendemos de esta manera que el que manda, tenga la capacidad de apreciar con inteligencia y amplitud de criterio las múltiples alternativas que le plantea el cumplimiento de su misión, tratando de definir el camino que le permitirá llevarla a cabo de la mejor manera posible, vale decir, en la forma más rápida y al menor costo humano y material. Dentro de este concepto, no podríamos entender a un comandante que imponga a su gente sacrificios absurdos o desproporcionados a los propósitos perseguidos. Como tampoco a aquel que demuestra tibieza en el cumplimiento de su misión.

Permítaseme el expresar un homenaje a la esposa del marino, esa compañera que desde muy joven aprende a hacer milagros con un exiguo presupuesto; que oculta su pena con una cara alegre cuando nos despide en el muelle, en las que muchas veces son largas y riesgosas travesías; que suple la falta del jefe del hogar con inteligencia, amor y no pocos sacrificios; que siempre está en condiciones de enfrentar situaciones de emer-

gencia sin más ayuda que su intuición; que debe acompañarnos siempre bien dispuesta a una ceremonia militar o a una actividad social, como también recibir en casa con afecto y excelente disposición de acuerdo al más puro y clásico estilo naval. Queridas señoras, muchas gracias por vuestro apoyo, sin él sería muy difícil poder entregarnos por entero a una carrera de suyo hermosa, pero que nos impone tantas exigencias.

A mis subalternos, mis sinceros agradecimientos por el notable apoyo que me entregaran durante mi gestión de mando. En mi selecto cuerpo de almirantes he encontrado siempre un grupo que me ha planteado con inteligencia creativa y gran personalidad, las alternativas que nos han permitido enfrentar adecuadamente las delicadas exigencias del quehacer institucional. Adoptadas las resoluciones indelegables del comandante en jefe, he tenido siempre su apoyo solidario, que han sabido transmitir a las unidades ejecutoras con eficiencia y oportunidad.

En los marinos de todos los grados y escalafones, cuyas inquietudes pude conocer de manera muy directa a través de sanos momentos de camaradería, que me

hice el propósito de compartir y en los cuales encontré siempre respeto, afecto y confianza, lo que constituye uno de mis mayores logros y uno de mis más potentes estímulos.

Para mi sucesor, el Sr. Almirante Miguel Vergara Villalobos, mi estimado amigo, suerte y éxito en la tarea que comienza, conociendo sus capacidades profesionales y humanas, no tengo ninguna duda de que acrecentará el prestigio alcanzado por nuestra Armada en su ya largo navegar, cuenta para ello con la mejor de las compañías.

Camaradas de armas, cualquiera que sean los escenarios que el destino me depare, tengan la más absoluta seguridad de que los tendré siempre presentes en el pensamiento, sepan que continuaré, en cualquier circunstancia, entregando mis modestas capacidades al servicio de mi institución, en la cual no en vano navegué por casi medio siglo, y la que dejo con el sentimiento del deber cumplido.

Finalmente, doy gracias a Dios por haberme dado vocación de marino, capacidad para mandarlos y corazón para quererlos. Muchas gracias.

* * *

